

Modernos intensos en los veinte

Oscar Terán

UBA / UNQ / CONICET

1 La década de 1920 en la Argentina ha sido caracterizada en general como una época de bonanza económica, movilidad social ascendente y estabilidad institucional, lo cual –sumado a un clima intelectual productivo y al carácter experimental pero al mismo tiempo moderado de las vanguardias estéticas– cristalizó esa suerte de “belle époque” que habría alcanzado su punto culminante en la presidencia de Alvear. Ésa era la autoimagen con la que Córdoba Iturburu describía a sus compañeros de milicia intelectual en *La revolución martinfierrista*:

Los jóvenes artistas y participantes del movimiento son, en su mayoría, hijos de la burguesía y de la pequeña burguesía. No han vivido como los europeos el infortunio de la guerra y los sobresaltos revolucionarios de la posguerra. [...] Todo en la vida del país parece estar en condiciones de resolverse por las vías constitucionales [...] No hay inquietud, no hay desazón, ni descontento, ni siquiera malestar económico, por lo menos en grado considerable.¹

Pero aun aceptando que el bienestar económico y social haya retornado luego de la crisis de la primera guerra, protegiendo de tal modo a la Argentina de las profundas fracturas experimentadas en Europa, existieron síntomas en la cultura que tienden a matizar la imagen demasiado monolítica del sentimiento de bonanza y moderatismo de esos años, síntomas que al mismo tiempo pueden llevar a interrogarse por las marcas perdurables y tal vez no suficientemente registradas de la Primera Guerra Mundial tanto en sus repercusiones económico-sociales cuanto en sus aspectos directamente simbólicos.

Por cierto que para esos años es reconocible la presencia de una inquietud política proyectada sobre el fondo de la crisis del liberalismo, fácilmente recordable con la sola referencia a las opciones atravesadas por dos de los principales intelectuales de esos años: José Ingenieros y Leopoldo Lugones no tienen dudas de que es preciso corregir las repre-

¹ El mismo sentido en la reciente afirmación: “entre el fin de la Primera Guerra Mundial y el de la Segunda, Buenos Aires experimentó callada y tranquilamente una serie de cambios físicos, sociales y culturales...” (Leandro H. Gutiérrez y Luis A. Romero, “Sociedades barriales y bibliotecas populares”, en *Sectores populares, cultura y política*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995, p. 69).

sentaciones y programáticas anteriores, de modo que uno se introduce en la deriva del autoritarismo nacionalista y el otro en la del antimperialismo latinoamericanista a la sombra de la revolución bolchevique. Pero existe otra constelación del mapa intelectual, vaga y de límites imprecisos, que entona de diferente manera aquel malestar y que retoma genéricamente temas del espiritualismo antipositivista de la "nueva sensibilidad" hasta comunicarse con las crispaciones de los que he denominado "los modernos intensos" en la Argentina de los años veintes.

2 Un indicio para trazar estas posiciones intelectuales puede hallarse en las diversas reacciones ante la guerra de 1914, ya que en función de ellas se articularon diferentes representaciones del presente, de los tiempos por venir y de las prácticas por desarrollar. Así, cuando se toman dos intervenciones intelectuales del peso de las enunciadas por Ingenieros y Carlos Ibaguren, puede observarse la curva que conduce desde una visión matizada por valores moderno-ilustrados a otra donde la crisis bélica es la consecuencia precisamente del cultivo de aquellos valores. Para el Ingenieros de "El suicidio de los bárbaros" y de "Ideales viejos e ideales nuevos", se está sin duda ante el inicio de otra era, pero ese cambio epocal no es sino el desemboque de una lucha que se viene librando desde el Renacimiento. Por eso la civilización feudal que sucumbirá en la contienda no plantea problemas demasiado complejos de relevo, ya que frente a sus ruinas se elevarán ideales nuevos cuyas encarnaciones (Sarmiento, Ameghino, Almafuerte) muestran hasta qué punto se confía en fórmulas anteriores para resolver los nuevos problemas.²

Otra es la evaluación de Carlos Ibaguren, ese abogado de alcurnia criolla, profesor universitario, ministro de Justicia e Instrucción Pública en 1913-1914 y candidato por la Democracia Progresista en 1916, quien al publicar en 1917 *De nuestra tierra* muestra por una parte que permanece adherido a la temática de "la cuestión nacional" en términos heredados del período anterior. En efecto, nada nuevo se halla en estos textos que no pueda leerse en una literatura ya vieja de décadas, como la tan fácilmente localizable en los lamentos de Miguel Cané hijo o Lucio V. López frente a una modernidad materialista y a un mundo donde los viejos linajes se sienten amenazados en sus intereses y en sus valores. Tampoco es novedoso el recurso compensatorio de alabar ese pasado premoderno y sobre todo preinmigratorio compuesto por el venero gaucho en tanto cantera de mitos compensatorios. Gauchos tan valerosos como capaces de obediencia hasta el sacrificio conforman esa arcadia súbitamente jacobina, aunque claramente gobernados por una aristocracia rústica de hacendados, desde ya opuesta por sus valores positivos al "burgués conservador y ostensiblemente sumiso al gobierno [y que] limitaba sus afanes a llenar sus talegas".

Esta criolledad que se extingue debe ser asimismo recuperada en un interior profundo, que si Gálvez o Joaquín González habían perseguido hacía tiempo en La Rioja, ahora Ibaguren lo localiza en su Salta natal en tanto "es todavía una de las ciudades que guarda su característica colonial". Es por eso preciso recuperar las danzas y cantos populares nacionales, y oponerse al "corte sensual del suburbio" que ha tenido tanto éxito en Europa: "El tango no es propiamente argentino; es un producto híbrido o mestizo, nacido en

² Véase José Ingenieros, *Los tiempos nuevos*, Buenos Aires, Elmer Editor, 1957, p. 9 y *passim*.

los arrabales y consistente en una mezcla de habanera tropical y de milonga falsificada".³

Pero a este nivel de discursividad que reitera tópicos ya fuertemente instalados en la escritura argentina se le superpone un estrato que remite a los temas decadentistas y "degeneracionistas" de fines del siglo XIX entonados desde el modernismo espiritualista o desde el biologismo positivista. Desde allí, Iburguren extrae una evaluación del ochocientos que identifica con el desarrollo de la democracia, la expansión de la industria y "el maravilloso progreso de las ciencias experimentales", cuyos pensadores fueron Comte, Bernard, Darwin, Renan o Taine, pero sobre los cuales se cernía un crepúsculo que desembocó en "el soplo letal del escepticismo y del pesimismo". Anatole France resumía ese estado de ánimo cuando a la pregunta "por qué estamos tristes" se respondía: porque "hemos perdido, con la fe y la esperanza, también la caridad".⁴

Pocos años después, en *La literatura y la guerra* enuncia de manera elocuente que se asiste a una crisis civilizatoria, y la descripción de la *débâcle* conduce a una célebre impugnación global de los logros del progreso decimonónico: "El siglo de la ciencia omnipotente, el siglo de la burguesía desarrollada bajo la bandera de la democracia, el siglo de los financieros y de los biólogos, se hunde, en medio de la catástrofe más grande que haya azotado jamás a la humanidad".⁵ Y si al rastrear las categorías fundadoras de ese encuadre, Iburguren desembocará naturalmente en el Paul Bourget de los *Ensayos de psicología contemporánea*,⁶ lo realmente significativo es que mientras en el libro anterior la guerra europea sólo aparecía como un horror del que afortunadamente esta parte del mundo ha permanecido ajena,⁷ ahora pasa a ser síntoma de decadencia pero al mismo tiempo un gigantesco laboratorio revitalizante y comunitarista que permite saludar en ella un cúmulo de virtudes regeneradoras, tales como la modulación de un temple de ánimo que en las trincheras ha permitido vislumbrar el escorzo de una nueva humanidad opuesta a la del materialismo y egoísmo encarnado en los comerciantes que medran detrás del frente. En las antípodas de esta figura negativamente moralizada se alzan héroes como el que Iburguren glosa de una novela de Paul Acker:

Era joven y detestaba la vida burguesa, sus prejuicios, su mezquino egoísmo, su falta de ideal [...] Todo el romance gira en derredor de este héroe que expone su vida [...] hasta conseguir, vibrante de amor, la victoria de mantener su aeroplano inmóvil en los aires, co-

³ Carlos Iburguren, *Nuestra tierra*, Buenos Aires, Sociedad Cooperativa Editorial Limitada, 1917, pp. 155-156, 10-11 y 17.

⁴ *Ibid.*, p. 177.

⁵ Años más tarde, y en términos análogos hasta la estereotipia definirá Horacio Quiroga esa misma coyuntura: "Al desencadenarse la guerra mundial parecía haberse distendido por fin el resorte que mantenía en intolerable tensión el destino de la humanidad. No se veía claramente a mediados de 1914 qué destino era éste. Aparentemente, el progreso material, la aceleración creciente de la vida, la procura a toda costa de riquezas, constituían el presente y el fin de la civilización oficial de Occidente" ("La santa democracia", en *La Nación*, 16 octubre de 1927, cit. en Pedro Orgambide, *Horacio Quiroga. Una biografía*, Buenos Aires, Planeta, 1994, p. 157).

⁶ Se trata de los libros publicados en 1881 y 1885, donde Bourget difunde su diagnóstico de esa decadencia debida a un exceso de civilización, refinamiento e intelectualismo, agravado por la vida en las grandes ciudades, que generan el empobrecimiento de la sangre, la disminución de la energía muscular, la perversión, el acentuamiento de un espíritu malsano de análisis y la ruina de la voluntad.

⁷ Y que posibilita repetir con Lucrecio: "en este rincón apacible de América [...] ¡haced que se aquieten los ruidos de la guerra y dejad en reposo la tierra y la onda!" (Carlos Iburguren, *op. cit.*, pp. 177 y 179-180).

mo un pájaro triunfante, [revelando] una exaltación saturada de energía belicosa para conquistar la gloria, para realizar las reivindicaciones nacionales, para renovar las hazañas del pasado, para evocar cuadros victoriosos de la historia, para luchar por la reforma de la sociedad.⁸

La guerra ha operado en suma la manifestación de esa "barbarie energizante" que Herf indica como componente del modernismo reaccionario,⁹ implícito cuando Ibarguren encuentra que "la fuerza vital de la naturaleza parece que aumentara en el campo sembrado de cadáveres. Todo brota y vive, con empuje brutal, en la tierra engordada con la sangre". Y como ese *élan* se ha instalado en el yo profundo asumiendo la forma espiritualizada del mito patriótico, ambas variables se conjuntan en "la corriente mística y guerrera, que inicia su curso en la literatura durante esta última década, [y que] tiene entre sus más fervorosos representantes [al] Charles Péguy" que poco antes de morir en el frente había escrito: "Felices los que mueren por la tierra carnal / ... / Felices los que mueren en una guerra justa".

Estos pronunciamientos se alojaban dentro del renacido espiritualismo que desde fines del XIX tenía en Francia a su más influyente representante en la filosofía de Henri Bergson. Justamente Péguy (al igual que Sorel) había sido uno de los habitués al célebre seminario de los viernes en la Sorbonne dictado por Bergson, y era este último quien había seleccionado a Péguy como el más penetrante de sus discípulos, animado de "un don maravilloso para traspasar la materialidad de los seres, rebasarla y penetrar hasta su alma". Pero el mismo Bergson no había requerido de Péguy para obtener muestras de la combinatoria entre espiritualismo, misticismo y patriotismo, ya que no había vacilado entonces en comparar el estado de ánimo del combatiente con el de los grandes místicos: "El soldado francés había llevado su alma a ya no ser sino una con el alma de la patria, sacando entonces de esta coincidencia, con algo que tiene de infinito y de eterno, la fuerza para ir a cualquier parte, incluso a la muerte cierta con un sentimiento de serenidad".¹⁰ La estetización de la guerra desempeña la función de constituir una ética fascinada por una violencia mortal, que Ibarguren utiliza como alternativa existencial intensa contrapuesta al tedio y la mediocridad burgueses: "En esta guerra hay emociones que valen toda una vida; la existencia no es verdaderamente digna y grande sino en medio del peligro y teniendo por delante a la muerte".

La guerra europea es así el síntoma de razones más profundas colocadas en un desvío de Occidente, que engarzaba esta visión con los temas decadentistas del pasado fin de siglo y con el entramado de una sensibilidad antiintelectualista no muy diversa conceptualmente de la que hacia la misma época dirigía la escritura del joven Roberto Arlt en *Las ciencias ocultas en la ciudad de Buenos Aires*.¹¹

⁸ Carlos Ibarguren, *La literatura y la gran guerra*, Buenos Aires, Agencia General de Librería y Publicaciones, 1920, pp. 82-83.

⁹ Jeffrey Herf, *El modernismo reaccionario*, México-Buenos Aires, FCE, 1993.

¹⁰ Cf. M. Barlow, *El pensamiento de Bergson*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, pp. 59 y 95.

¹¹ Allí cuestionaba el decadentismo por "el predominio de lo abstracto, de lo incognoscible sobre lo concreto, lo práctico y lo sano. Pronuncio la palabra 'sano' porque al *espiritualismo pesimista* que predomina en esos círculos, del cual Schopenhauer es su más admirado y genuino representante, le opongo el epicureísmo nietzs-

Sin embargo, y luego de no haber ocultado su fascinación por esos contenidos vitalistas y por aquella heroicidad mística, Carlos Ibarguren finaliza su recensión de la literatura de guerra prescribiendo que “no es en las batallas ni en las cargas desesperadas donde hay que buscar el valor moderno, sino en cada una de las grandes construcciones, en las enormes fábricas y talleres, en las minas, en los campos, en los bosques, en las inmensas ciudades”, y opta por ese que llama “heroísmo tranquilo y paciente del pueblo” que ofrecerá a las generaciones futuras “el ejemplo sublime de la abnegación y del sacrificio”.

3 Existirán empero otros intelectuales con menos motivos para la moderación final y contradictoria del libro del entonces alto dirigente del Partido Demócrata Progresista, quienes, al cruzar su ideología juvenilista con la visión de la guerra como un bautismo trágico, operan una colocación definitoria de su propia generación. Cuando algunos de aquellos jóvenes intelectuales fueron incluidos en 1923 en la conocida encuesta de *Nosotros*, las respuestas de Brandán Caraffa y de Homero Guglielmini coincidieron en la autorrepresentación de una generación que se considera en el seno de una crisis de renovación inaugurada por aquella catástrofe, y cuya resolución ha de resultar tan exaltante como violenta. “Soy, pues –declara Guglielmini–, de los que hemos empezado a meditar sobre los problemas del espíritu cuando aún humeaban las brasas del gran incendio.” “Es hora de iniciar una cruzada enérgica contra todos los valores enfermizos, decadentes, contra el *spleen* literario y el afeminamiento del espíritu. Todos los jóvenes debemos unimos firmemente para dar el golpe de gracia al judaísmo y a su hermana menor, el cristianismo enervado y mentiroso de estos tiempos.” Por su parte, Caraffa vincula esta misma circunstancia de una crisis altamente productiva con el “estado de ánimo creado en el país por la revolución universitaria de Córdoba, estado de ánimo trágico que nos hizo posible asimilarnos la inquietud enorme del mundo post-guerra” y que induce el deseo de vivir dignamente la hora propia y repudiar “todo lo que no esté hecho con sangre [...]”.¹²

En un tono más calmado, el primer número de la revista *Proa* declaraba, en agosto de 1924, que la guerra hizo “posible por primera vez en este país que una generación se formara al margen del mecanismo tutelar y de su ambiente”. Y en una *Aguafuerte* del 27 de noviembre de 1929, Arlt le atribuye el origen del desgarramiento subjetivo que padecen sus personajes, y considera que de todo lo escrito en el período merece salvarse lo que se ha producido sobre esta última guerra. “Esos documentos trágicos vale la pena conocerlos. El resto es papel...”.

En muchos de estos casos, semejante visión estaba matizada por los motivos de lo que desde la visita de Ortega en 1916 se llamaba “la nueva sensibilidad”, en la cual se fusionaban y confundían discursos espiritualistas de diversos orígenes dentro del tono común de la reacción antipositivista. De todos ellos, fue la filosofía de Bergson la que tuvo mayor capacidad de penetración entre los intelectuales, especialmente a través de la enseñanza de Coriolano Alberini y Alejandro Korn. Es notorio que ambos ofrecían una versión moderada del autor de *La evolución creadora*. Así, donde Alejandro Korn muestra una

cheano o el positivismo de Stuart Mill” (en Roberto Arlt, *Nuevas aguafuertes*, Buenos Aires, Losada, 1975, pp. 135 y 109).

¹² En *Nosotros*, Buenos Aires, N° 168, mayo de 1923.

concepción acumulativa y sin rupturas de la tradición cultural argentina, y por eso acepta (como en la conocida carta a Alberto Rougés) que el positivismo decimonónico debe ser incorporado como momento necesario en la evolución filosófica nacional que permita "afirmar, a la vez, el determinismo del proceso cósmico como lo estatuye la ciencia y la autonomía de la personalidad humana como lo exige la ética", en los *Escritos de metafísica* Alberini indica que el carácter antiintelectualista de la filosofía de Bergson permite a la intuición acceder a la temporalidad auténtica, pero es allí donde el profesor argentino sospecha que si "la intuición externa conducía al misticismo del más allá objetivo, ahora la intuición interna nos lleva al misticismo del más allá subjetivo", pagando el duro tributo de "la irracionalidad de la conciencia", que fluidifica "la realidad en tal manera paroxística que ya no es posible pensarla" dado que "pulveriza la realidad en hechos libres de relaciones". Estos límites trazados a los costados más irracionales de la filosofía bergsoniana tendrán en Alberini una correspondencia con un llamamiento realizado en el Congreso Internacional de Filosofía, en 1926, por el cual "los filósofos tienen el deber de no dejarse perturbar por las pasiones colectivas de un momento determinado, así sea el más dramático", y con una defensa de la democracia que no justifica "el renacimiento de regímenes políticos anacrónicos".¹³

Pero si tanto Korn como Alberini traducían desde el ámbito universitario un bergsonismo moderado, Jorge Dotti ha señalado que no fue en los círculos académicos donde la reacción antipositivista tuvo sus expresiones más radicales, sino sobre todo en algunas revistas de esa orientación como las consideradas por Fernando Rodríguez.¹⁴ Y en efecto, eso es lo que ocurre sobre todo con *Inicial* y en menor medida con *Síntesis* o *Proa*, en cuyos textos se asiste a una intensificación de la modernidad que en su caso tramitan mediante la radicalización de un bergsonismo expresamente conectada con la recepción del pensamiento soreliano.

Es sabido que fue la lectura del bergsonismo a través de Nietzsche lo que permitió la construcción de la versión anarcosindicalista de Georges Sorel, en cuya propuesta algunos como Sternhell han creído hallar uno de los orígenes ideológicos del fascismo.¹⁵ Ya en su primer número, aparecido en 1923, *Inicial* aducía que "la única palabra sana que se ha predicado a los que sufren la esclavitud moral es la pronunciada por Jorge Sorel", y en el editorial del número siguiente insistía en que "es necesario volver los ojos hacia el gran Sorel".¹⁶

Dicha radicalización se opera a través de la incrustación en el *corpus* bergsoniano de tópicos del vitalismo y aristocratismo nietzscheanos y de la utilización de Spengler como recusación del decadentismo europeo. En *Alma y estilo*, el libro en que Guglielmini recopiló en 1930 una serie de artículos, se encuentran acumulados prácticamente todos los mo-

¹³ Coriolano Alberini, *La filosofía y las relaciones internacionales*, Congreso Internacional de Filosofía, en Boston, septiembre, 1926, véase Juan Adolfo Vázquez, *Antología filosófica argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Eudeba, 1965, pp. 152, 153 y 156.

¹⁴ Véase Jorge Dotti, *La letra gótica*, Buenos Aires, Puntosur, 1993, y de Fernando Rodríguez, la recopilación y estudio preliminar de *Inicial*, Ediciones de la Universidad Nacional de Quilmes, en prensa.

¹⁵ "El primer componente del fascismo es el sorelismo" (en Z. Sternhell, M. Sznajder y M. Asheri, *El nacimiento de la ideología fascista*, Siglo XXI, 1994, p. 4).

¹⁶ "El sindicalismo romántico se coloca así más en la realidad histórica que el marxismo positivista" (*Inicial*, Buenos Aires, N° 1, p. 42).

tivos de la lectura soreliana del bergsonismo. Además de los capítulos dedicados a Nietzsche o al jazz, uno de los artículos donde se concentran esos significados es el que Guglielmini dedica a Henri de Montherlant, ese escritor que “no se siente cómodo sino en los extremos; y los extremos de la vida son precisamente esos: el amor de los sexos y el peligro de la muerte. [...] Este es el sentido de la frase de Nietzsche: ‘Hay que vivir en peligro’.” La guerra es justamente una de esas experiencias vitales en donde se conjugan “la sagrada comunión de las armas y de la orden viril”.

Y es que, en rigor, muchos de los mensajes profascistas de la revista pueden válidamente inscribirse también en una de las posibles derivaciones del sorelismo, pero sería conveniente recordar que algunas de estas argumentaciones conducen en no pocas ocasiones y en diversos autores a incluirse en juicios comunes de la época donde se muestra la a veces escasa diferenciación que los contemporáneos establecían entre comunismo y fascismo, al ser visualizados ambos a partir de su común oposición al régimen y a la “mediocridad” liberal burguesa. Ya que si *Inicial* cree que “el hombre, más que un ser de temperamento económico, como sostiene el marxismo, es un ser de temperamento religioso”, la transferencia de un lenguaje teológico a los postulados de la política conducirá a un elogio del bolchevismo o del fascismo, o de ambos al mismo tiempo, en tanto movimientos unificados por un misticismo combatiente que revitaliza el espíritu frente al adocenamiento y la desvirilización de la política burguesa y parlamentaria. Por eso la misma revista puede entender que “los homenajes al soldado desconocido, la revolución comunista, la marcha sobre Roma: he ahí tres grandes manifestaciones del nuevo misticismo”. Y para Guglielmini, si bolcheviquismo y fascismo aparecen a primera vista como sucesos divergentes, existe sin embargo una cualidad que los concilia: “ambos se orientan por igual hacia la realización de un tipo de héroe histórico común: el tipo del héroe ‘chauffeur’, el conductor de masas a lo Lenín y Mussolini” (*Alma y estilo*, p. 234). Recuérdese que también para Mariátegui y en esos mismos años, “bolcheviques y fascistas no se parecían a los revolucionarios y conservadores prebélicos”. Careciendo de la antigua superstición del progreso, “los revolucionarios, como los fascistas, se proponen [...] vivir peligrosamente”. De ahí que cuando uno se encuentra finalmente con la propuesta de *Los siete locos* de ser “bolcheviques, católicos, fascistas, ateos, militaristas, en diversos grados de iniciación”, o con esta conocida frase del Astrólogo, no se sabe si se está ante una *boutade* nihilista o ante la descripción puntual de un estado de ánimo: “No sé si nuestra sociedad será bolchevique o fascista. A veces me inclino a creer que lo mejor que se puede hacer es preparar una ensalada rusa que ni Dios la entienda”...

Que ese objetivo ha sido logrado lo muestra la reacción ante *Inicial* por parte de un intelectual tradicional del ámbito progresista como Alfredo Bianchi, quien no oculta la dificultad clasificatoria que la emergencia de estos nuevos discursos plantea a la generación anterior, y que evoca lo recordado por Sarlo respecto de las dificultades de Aníbal Ponce para clasificar la narrativa de Arlt. En *Nosotros* de octubre de 1923, Bianchi recuerda malamente que Guglielmini y Ortelli en 1919 y 1920 “sacrificaban en el altar comunista” y que Caraffa era un jacobino cordobés, pero sobre todo denuncia las contradicciones que encuentra en sus artículos, donde pueden proclamarse al mismo tiempo nacionalistas y revolucionarios, anarquistas y reaccionarios, para concluir con enfado que “todos estos jóvenes de la nueva generación ignoran lo que quieren y a donde van”.

4 Es sabido que Roberto Arlt valoraba positivamente el citado libro de Guglielmini, al que en la encuesta realizada por la revista *La literatura argentina*, de marzo de 1931, calificó de “libro serio y trabajado con honestidad”, llegando a proponerlo como candidato al premio nacional de ensayo de ese año.¹⁷ Existen sin duda algunas marcas en esa escritura que remiten a referentes intelectuales aquí señalados, como la temprana apelación a Bergson en *Las ciencias ocultas...*, donde Arlt coincide con la crítica espiritualista que cuestiona el predominio que se le ha dado al intelecto sobre el instinto. Existen asimismo aspectos análogos a los explorados por el sorelismo de los jóvenes de *Inicial* que podrían igualmente rastrearse en torno del antiintelectualismo, la glorificación de la práctica, el antipoliticismo, etc. Pero, con resultar legítima esa construcción de analogías temáticas y de referentes intelectuales, ese ejercicio puede intentarse mediante un ingreso indirecto al mismo problema, tratando de leer las *Aguafuertes porteñas* del período 1928-1930 como “caso” de aquel modernismo y con la presunción de que se inscribieron en un estrato de ideas presente en el espacio de la cultura intelectual. Tomo aquí el concepto “ideas” en el sentido que le acuerda Paolo Rossi, en cuanto es un término que no se identifica con “concepto” (que remite a un contenido claramente identificable y definible) sino a significados más ambiguos y muchas veces asociados con “los modos de sentir, con las emociones, con el mundo de la sensibilidad, con la imaginación, con la mentalidad”. De tal modo, me propuse construir el mapa de Buenos Aires que esas crónicas indican, imaginando a la modernidad como un dispositivo que se conoce por sus efectos sobre la ciudad. Las figuras diversas que esa maquinaria moderna produce serían espacio-morales, y el mapa artliano resultante podría en principio organizarse en torno de dos polos contrapuestos: el barrio y la calle Florida, por un lado, y la calle Corrientes por el otro.

Ha sido suficientemente afirmado que el *barrio* es el topos de la mediocridad clase-mediera, encarnado en sus personajes prototípicos: los comerciantes, los oficinistas, las suegras. Los comerciantes resultan abominables por su vida anónima, sórdida, prudente pero envidiosa hasta la ferocidad. Las mujeres del barrio agregan a estas vidas sin brillo un carácter maligno y un cerebro gallináceo. El oficinista “es un individuo que, como un molusco, se ha aferrado a la primera roca que encontró al paso y se quedó medrando mediocrementemente, sin una aspiración, sin una rebeldía, siempre manso, siempre gris, siempre insignificante”.¹⁸

Por otra parte, en estos escritos la relación con la temporalidad es compleja, dado que, al referirse a otros espacios de Buenos Aires, se encuentra el típico lamento del *ubi sunt* ante los efectos destructores de la modernidad con respecto a un pasado mejor, como los expresamente señalados en “Para qué sirve el progreso”. Allí esa relación ambigua alcanza a las valoraciones de la técnica y de la ciencia, que arrastra la contradicción entre ambas y la felicidad.¹⁹

Es esta desconfianza hacia algunos aspectos de la modernidad la que dispara la año-

¹⁷ Agradezco esta referencia a Jorge Rivera.

¹⁸ Roberto Arlt, *Aguafuertes porteñas. Buenos Aires, vida cotidiana*, Buenos Aires, Alianza, 1993, pp. 21 y 169; *Nuevas aguafuertes porteñas*, Buenos Aires, Losada, p. 44, y *Aguafuertes porteñas*, Buenos Aires, Losada, p. 180.

¹⁹ “¿El teléfono lo hace más feliz, un aeroplano de quinientos caballos más moral, una locomotora eléctrica más perfecto, un subterráneo más humano?” (Roberto Arlt, *Nuevas aguafuertes*, op. cit., pp. 17 y 18).

ranza pasatista por determinados espacios de la ciudad, colocados en barrios de quintas o bien en pueblos suburbanos, en la ciudad de La Plata y en el campo mismo.²⁰ Incluso en algunos barrios, como Mataderos, la modernidad no ha logrado aplastar lo rural, y precisamente por ello subsisten allí virtudes que remiten a una valoración celebratoria del energetismo vitalista, como en esa recova de Mataderos, “fuerte, ciclópea”, donde “la carne y las entrañas humean sobre los carbones una sanidad salvaje”.²¹

De todos modos, el barrio no resulta inexorablemente negativo, sino sólo cuando es ámbito de prácticas vinculadas con el ascenso social y sus costos.²² Por eso la antítesis más acabada y biunívoca de la modernidad valiosa es una calle moderna pero convencional: Florida. Bastaría con cotejar la descripción de las *Aguafuertes* con la de unos años antes realizada por Gómez Carrillo para observar la distancia que las separa. Ya que si para este último “Florida la bien nombrada” es “una síntesis, hecha con arte exquisito, de todo lo que hay en Europa de más distinguido, de más animado, de más brillante, de más moderno”,²³ para las *Aguafuertes* se trata de

[...] la calle más despersonalizada que tiene Buenos Aires [...], la calle menos porteña que tenemos. Falta el espíritu que en todos los barrios, bajo una forma u otra, encontramos; falta ‘ese no sé qué’ que, tanto en las mujeres como en las calles, pone su encanto finísimo y particular; esa atmósfera extraña, singular, perceptible [...] Florida [...] calle ñoña como la inofensiva Agua Florida. Yo me imagino que allí es donde nació la palabra cursi.²⁴

Por el contrario, ese “no sé qué” que para las *Aguafuertes* define la modernidad valiosa está contenido en la calle Corrientes: espacio del interclasismo, la marginalidad excepcional y la mezcolanza social, poblada por “diarieros que se tutean con mujeres admirablemente vestidas. Señores con diamantes en la pechera que le estrechan la mano al negro de un ‘dancing, [...] Señoras honestas que parecen artistas [...], vigilantes, canillitas, ‘fiocas’, actrices, porteros de teatros, mensajeros, revendedores, secretarios de compañías, cómicos,

²⁰ “Flores, el Flores de las quintas, de las enormes quintas solariegas, va desapareciendo día tras día [...] ¡Qué lindo, qué espacioso que era Flores antes! [...] Aquello era un bosque de eucaliptos. [...] aunque también Ramos Mejía se está infectando de modernismo [...] En aquellos tiempos todo el mundo se conocía. [...] A diez cuadras de Rivadavia comenzaba la Pampa [...] La gente vivía otra vida más interesante que la actual [...] Justo o equivocado, se tenía de la vida y de sus desdoblamientos un criterio más ilusorio, más romántico [...] Se creía en la existencia del amor [...] Pero nos queda el orgullo de haber progresado, eso sí, pero la felicidad no existe” (Roberto Arlt, *Aguafuertes porteñas*, Buenos Aires, Losada, 1958, pp. 12, 13 y 14).

²¹ Roberto Arlt, *Aguafuertes porteñas*. Buenos Aires, *vida cotidiana*, op. cit., pp. 13 y 14.

²² “Encanto mafioso, dulzura mistonga, ilusión baratieri, ¡qué sé yo qué tienen todos estos barrios!; estos barrios porteños, largos, todos cortados con la misma tijera, todos semejantes con sus casitas atorrantas, sus jardines con la palmera al centro y unos yuyos semiflorecidos que aroman como si la noche reventara por ellos el apasionamiento que encierran las almas de la ciudad; almas que sólo saben el ritmo del tango y del ‘te quiero’” (Roberto Arlt, *Aguafuertes porteñas*, op. cit., p. 65).

²³ “Y, en efecto, eso es, con sus innumerables tiendas de amenas suntuosidades, con sus letreros áureos que corren por los balcones anunciando trajes y mantos, con sus confiterías aristocráticas, con sus escaparates llenos de pedrerías, con sus numerosas exposiciones de arte”. “No es la riqueza lo que a mí me pasma; es el buen gusto, el refinamiento, el supremo *chic*”, y las joyas se exhiben no con la grosería de Nueva York “sino como ex-cusando su valor de mercadería”. “Ni en la rue de la Paix, en efecto, ni en Bond Street, ni en el Groben he visto tanta exquisitez unida a tanto lujo” (E. Gómez Carrillo, *El encanto de Buenos Aires*, Madrid, Perlado, Páez y Comp., 1914, pp. 53 a 59).

²⁴ Roberto Arlt, *Aguafuertes... vida cotidiana*, op. cit., pp. 23, 24 y 25.

poetas, ladrones, hombres de negocios innombrables, autores, vagabundos, críticos teatrales, damas del medio mundo"; "una humanidad única, cosmopolita y extraña se da la mano en este único desaguadero que tiene la ciudad para su belleza y alegría". Esta vida transcurre con la intensidad que "sólo es posible al resplandor artificial de los azules de metileno, de los verdes de sulfato de cobre, de los amarillos de ácido pícrico que le inyectan una locura de pirotecnia y celos".²⁵ Aquello que dota a la calle Corrientes de su carácter positivo proviene entonces de un efecto de la modernidad entendida como potenciadora al extremo de la intensidad y por ende de la excepcionalidad.

El defecto de Florida y del barrio en tanto espacio del ascenso social es la ausencia de lo extraño, por eso sostienen un prestigio que no les pertenece, y en este esfuerzo por hacerlo se tornan rutinarios como todo ritual que pretende conjurar lo imprevisible. El barrio y Florida comparten entonces el hecho de ser convencionales y previsibles, es decir, ordinarios. Excluidos de lo extra-ordinario, lo están por lo mismo de toda experiencia cualitativamente diferente de las ya experimentadas, de eso, en suma, que se suele llamar "aventura", en el sentido de lo que *adviene* en tanto acaecimiento extraño, contingente e incierto y por ende riesgoso.

Ahora bien: es condición de posibilidad de lo extraordinario e intenso la existencia de una temporalidad diversa de la del tiempo progresista. En el barrio y en Florida la vida es ordinaria y previsible porque allí se despliega el tiempo burgués: lineal, acumulativo, homogéneo y en el cual cada momento mantiene con los anteriores y sucesivos una articulación de relaciones necesarias. Y así como la calle Corrientes intensifica el azul marino y el amarillo manso hasta producir el azul de metileno y el amarillo de ácido pícrico, también pone en obra la ruptura de aquella temporalidad reformista al horadar el tiempo liberal para conectarse con una experiencia cualitativamente heterogénea que comunica con un eterno presente parecido al absoluto. Es lo que aparece en la aguafuerte "Don Juan Tenorio y los diez centavos", en la que se plantea la antinomia entre la aventura amorosa y la ausencia de dinero. "¿Cómo sería el amor de esa muchacha que lo había mirado tan profundamente" y que por carecer de sólo diez centavos él no había podido seguir en el tranvía? Son tiempos difíciles para Don Juan, pero que de existir adoptaría una actitud para la cual "el mañana no existía; el futuro tampoco. Hombre absolutamente sensorial, vivía exclusivamente para el presente".²⁶

Sin duda, estas concepciones de la temporalidad coinciden con la definición de lo moderno sostenida por Pär Bergman en cuanto "equivale a una nueva perspectiva de la realidad en que lo sucesivo pasa a dar lugar a lo simultáneo, el espacio histórico es sustituido por el espacio geográfico, la diacronía por la sincronía, la tradición por el instante". Y aun el futurismo, agrega Schwartz, es un movimiento que valora más el presente que el futuro. Por eso "términos como 'actual', 'nuevo', 'novedad', 'vida', 'presente', 'hoy', abundan en los manifiestos de la época".²⁷ Asimismo, al establecer la relación entre Baudelaire y Walter Benjamin, Frisby señala que lo que sus análisis de la modernidad tienen en común es una orientación hacia lo que Baudelaire, como creador del concepto moderno de *modernité*, caracterizó como "*le transitoire, le fugitif, le contingent*". Esto es lo que de-

²⁵ Roberto Arlt, *Aguafuertes... vida cotidiana*, op. cit., pp. 34 y 32.

²⁶ Roberto Arlt, *Aguafuertes porteñas*, op. cit., p. 26.

²⁷ Jorge Schwartz, *Vanguardia y cosmopolitismo en la década del veinte*, Beatriz Vitervo Editora, 1993, p. 16.

termina que en esta temporalidad nunca se sabe lo que aportará el siguiente momento, y de tal modo el ahora se absolutiza en el sentido de la frase de Kracauer: "como si el presente durara una eternidad".²⁸ Ésta era precisamente la concepción que Alberini había criticado con severidad por cuanto esta pulverización de la realidad "en hechos libres de relaciones" desembocaba en "la irracionalidad de la conciencia" y en "el misticismo del más allá subjetivo". Nuevamente, el espiritualismo de cátedra disuena con las consecuencias que de ese mismo espiritualismo extrae de hecho la fracción de los modernos intensos, y lo cierto es que esa concepción de la temporalidad es condición de posibilidad a su vez de la construcción de una subjetividad creadora.

Por el contrario, en la descripción arltiana de un matrimonio de clase media puede leerse la transposición del *tempo* reformista a un proyecto de vida repudiable, que para las *Aguafuertes* se ha tornado en el tiempo del sinsentido y el tedio, en la dirección en que Benjamin dirá que "en el 'spleen' el tiempo se cosifica [y] los minutos cubren al hombre como copos".²⁹ Y así como es expresa la oposición a la moral del productor, dispersa en tantas aguafuertes en donde se entona el elogio de la pereza, ahora el desagrado apunta a esos "chicos que nacieron viejos" y que nunca se hicieron la rata, "chicos de buenas clasificaciones; chicos que del Nacional van a la Universidad, y de la Universidad al Estudio, y del Estudio a los Tribunales, y de los Tribunales a un hogar congelado con esposa honesta, y del hogar con esposa honesta y un hijo bandido que hace versos, a la Chacarita"...³⁰

En la traducción al terreno social esta visión se fusiona con una recusación del modelo de la acumulación puritana y la figura del burgués a la Franklin (laborioso, frugal, ahorrativo), para privilegiar ese muestrario humano de sus antípodas: inventores, vagos, aventureros, prostitutas, delincuentes... Simmel puso de relieve la experiencia del tiempo en la modernidad en su descripción de la vivencia del tiempo por parte del jugador "como presente incondicional" y en su tipificación del aventurero como "el ejemplo más representativo de la persona ahistórica, de la esencia contemporánea. Por un lado, no está determinado por pasado alguno [...] por otro, el futuro no existe para él". Dentro del funcionamiento de la economía monetaria y la circulación de las mercancías, ese presente inmediato se recrea constantemente en la moda, que "como pocos fenómenos, nos da una intensa sensación de presente" y "centra cada vez más la conciencia en el presente", aun cuando "cada moda particular [...] surja como con el deseo de vivir eternamente".³¹

Puede postularse entonces que en aquellas crónicas existe una ética de la intensidad fundada en la pulverización del continuo del tiempo liberal, como se observa en algunas aguafuertes referidas al golpe de 1930, puesto que allí la intensidad rompe por una vez la costra adocenada de la vida convencional y normalizada: "es agradable hacerse la ilusión de que pueden encarcelarlo a uno. Es agradable y anecdótico. Le presta a la vida cierta impresión novelesca".³² Igualmente, cuando Erdosain en *Los siete locos*, recibe el dinero para pagar su estafa de manos de El Rufián Melancólico, piensa: "Un minuto antes debía

²⁸ D. Frisby, *Fragmentos de la modernidad*, Madrid, Visor Distribuciones, 1992, pp. 19 y 20.

²⁹ Walter Benjamin, *Poesía y capitalismo*, p. 159.

³⁰ Roberto Arlt, *Aguafuertes porteñas*, op. cit., p. 9.

³¹ Cf. D. Frisby, op. cit., pp. 194-195.

³² Roberto Arlt, *Aguafuertes porteñas: cultura y política*, Buenos Aires, Losada, 1992, p. 150.

seiscientos pesos con siete centavos. Ya no los debía, y el prodigio lo había obrado un solo gesto del Rufián. Este acontecimiento era un imposible de acuerdo con la lógica que rige los procedimientos corrientes [...]", y en otro pasaje, mientras camina entre comerciantes sin ningún objetivo noble en su existencia, Erdosain evoca con envidia "la vida fuerte", a la que define justamente como "la que hace de pronto que una existencia se nos aparezca sin los tiempos previos de preparación y que tiene la perfecta soltura de las composiciones cinematográficas".³³

Una zona de producción discursiva que compartían estos modernos intensos de los veintes es lo que Franco Moretti ha llamado la "superioridad epistemológica de lo excepcional", es decir, la coincidencia de la emergencia de la verdad con momentos críticos e intensos, y de allí que uno de sus blancos de crítica sea la vida normalizada y cotidiana. Homero Guglielmini considera así que "debemos agradecer a los hados el habernos puesto ante uno de las más extraordinarias crisis de la humanidad. Ella nos enseña que la belleza se moldea sobre la carne viva del hombre [...]; ha pasado el momento de las generaciones frívolas y diletantes, y de los templos bizantinos". Este tipo de consideraciones son las que Moretti relaciona con la afirmación de C. Schmitt de que "la excepción es más interesante que lo normal", ya que "en el estado de excepción la fuerza de la vida real rompe la costra endurecida de la repetición mecánica".³⁴

5 Sternhell ha escrito que, aplicado al caso italiano, "era inevitable que los sorelianos, los nacionalistas y los futuristas llegaran a encontrarse", aun reconociendo que no todos, aunque sí la mayoría de ellos, simpatizaron o adhirieron al fascismo. En el caso de los modernos que he llamado intensos de los veintes, se verifica empero que la historia de las ideas es la historia de la relación entre lo que son las ideas y aquello que no son las ideas. Sabemos por ejemplo que el pensamiento soreliano había sido introducido desde principios de siglo en el seno del movimiento obrero argentino; sabemos además que el anarcosindicalismo llegó a ser un movimiento altamente influyente en la estructura gremial en los años veintes. Y siguiendo la recopilación de su órgano periodístico *Bandera proletaria* es posible asistir al despliegue de diversos tópicos del sorelismo, como el antipoliticismo, el elogio de la acción directa, el antiestatalismo o el antiintelectualismo.³⁵

³³ Roberto Arlt, *Los siete locos*, Buenos Aires, Losada, p. 36. M. A. Virasoro, otro de los animadores de *Inicial*, escribía que la vida posee la capacidad de "moverse en un medio libre, indeterminado por leyes lógicas" ("El arte como creación y la dinámica del espíritu", en *Inicial*, N° 4, marzo de 1924, p. 26).

³⁴ Franco Moretti, "El momento de la verdad", en *New Left Review*, Londres, N° 159, septiembre-octubre de 1986, trad. de M. Korovsky, mimeo.

³⁵ Los obreros más combativos "no son muchas veces los más 'conscientes' [sino] compañeros sin grandes alcances filosóficos y doctrinarios", a diferencia de los menos combativos con "sus nuevos hábitos de puros intelectuales", a quienes "el momento de la acción los sorprende siempre pensando en el porvenir".

"El sindicalismo no tiene un programa propio. Se basa en el concepto del perpetuo fluctuar del ser, en una infinita ascensión, en un devenir que no tiene descansos ni detenciones [...] Niega la razón de Estado hasta en la ultimísima forma de dictadura del proletariado; niega el principio mayoritario como igualmente el de la proporcionalidad; niega el hecho electoral, que no es más que la fórmula de la violencia cívica, el ejercicio de una fuerza del número, ciega y absurda, en violación del derecho del individuo, que puede tener razón contra la multitud" (artículos del 14 septiembre de 1922, y 17 y 24 enero de 1925, en *Bandera proletaria*). Selección de textos (1922-1930), Roberto Reinoso (comp.), prólogo de Oscar Troncoso, Buenos Aires, Centro Editor de

Pero si se sigue la secuencia de los artículos del mismo periódico, en el número del 9 de octubre de 1926 se encuentra el lamento de que "triunfa el Estado sobre el pueblo y sobre la nación, lo cual equivale a decir que la sociedad se duerme acunada por la democracia", con lo cual "tenemos así un sindicalismo de Estado, lógicamente reformista, jurídicamente reconocido. Si esta tendencia lograra las simpatías de las masas obreras, no cabe duda que se ha cerrado el ciclo de las revoluciones". Confesión de partes que en rigor correspondía a la práctica real de un sindicalismo que ha aprendido a dialogar con el estado en una década que verá la duplicación del salario real, mientras Julio Arraga, uno de los introductores del sorelismo a principios de siglo, oficiaba de consejero sindical del presidente Yrigoyen. Situación que ilumina asimismo aquel abandono deliberado de "la concepción trágica y apocalíptica de la revolución marxista", abandono que la misma *Bandera proletaria* había deplorado en enero de 1925.³⁶

Este clima social general en el que se reconoce la bonanza dominante de los veinte no implicó, como se ha visto, la ausencia de discursos extremos en el ámbito intelectual. Implicó seguramente la imposición de condiciones de producción al discurso de los modernos intensos. Sin obreros dispuestos a adherir al mito de la huelga general y sin indígenas para poder construir otro sujeto revolucionario y "raro" a la Mariátegui, el "sorelismo posible" sólo pudo apelar, como en el caso de Guglielmini, a diseñar la propuesta de *Para una caractereología argentina*, en donde ya ha dado el paso que otros no transitarán y que conduce a proponer en lugar del adocenamiento de los partidos políticos la figura de relevo de un poderoso caudillo que movilice a las masas no por ideas abstractas que hablan a la inteligencia sino por emociones, para concluir que, si bien la Argentina no ha contado con la ventaja de una guerra movilizadora de las fuentes de energía más vitales, "las circunstancias nos proporcionaron un ensayo maravilloso" con el golpe militar del 6 de septiembre, que debería desembocar en la asunción por parte de la juventud argentina de un nacionalismo integral.

Otra opción consistió en apelar a esos fragmentos sociales de la modernidad precisamente ahí donde ella disonaba con el proyecto reformista y progresista, ya sea por defecto (y allí desfila la mirada rabiosa de Arlt y del "grotesco" de la época, que ve el fracaso de la inmigración, el drama del hombre que busca trabajo, la iniquidad de la explotación y la humillación), ya sea por exceso (y allí brilla la mirada fascinada de un moderno intenso que construye la galería de sus héroes sobre la ruptura de la temporalidad burguesa y sobre el fondo crispado del azul de metileno). □

América Latina, 1985. Véase asimismo *El "sindicalismo revolucionario" (1905-1945)*, selección de textos de Hugo del Campo, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1986.

³⁶ *La Vanguardia* del 17 de mayo de 1927 daba cuenta de esta misma situación: "Los anarco-sindicalistas pueden disfrazar sus verdaderos propósitos, que son los de servir los intereses del señor Yrigoyen y su camarilla" (en H. Del Campo, *op. cit.*, p. 53).